

## El generoso cónsul Chávez

Carlos Eduardo Zavaleta

El cónsul peruano en La Paz, Cesáreo Chávez, llegaba el primero a la oficina, a las ocho y media, siempre a pie, y Charito le abría especialmente la reja de hierro por la cual entrarían, a las nueve en punto, el lujoso automóvil del embajador y de los demás miembros de la embajada, y también, a pie, los humildes miembros de la familia de Charito, quienes vivían en el pabellón de servicio a cambio de que ella se desempeñara como secretaria.

Una vez llegados los automóviles, menos el del cónsul, Charito se trasladaba a su pequeño escritorio, desde donde atendería mejor y más rápidamente al embajador, mientras afuera su madre se ocupaba de mantener la reja cerrada y enviar por la puerta principal (que se abriría sólo a las diez) a todo boliviano o peruano que pidiera alguna información o ayuda.

Esa larga paz sólo se había alterado unas pocas veces, cuando las llamadas revoluciones bolivianas atraían avisperos de gente, armada o no, que llegaba a medianoche y pretendía asaltar el edificio por sobre las lanzas de hierro; pero, o bien Charito y su familia ya estaban avisadas para defenderse, o para abrirles ordenadamente, con el apoyo del personal diplomático, según el deseo variable de concederles o no el asilo respectivo.

Sólo en esas horas agitadas, el cónsul Chávez se apresuraba un poco, pese a que debía verificar la identidad de las personas, por lo general políticos en ascenso o descenso, según la azarosa vida del país. Como fuese, Chávez llegaba a pie.

-¡Hola, señor cónsul! ¿Tan tarde es? -Le abría Charito la reja y sonreía.

-Graciosa, ¿no? Siempre soy el primero en llegar.

-Digo tarde para mí, para alistar a mis hermanos y mandarlos a la escuela.

-Eso se ve, pues, ni siquiera te has peinado -decía el cónsul, sin burla alguna, pues entre ellos el tono era monocorde.

-No me he peinado por peinarlos a ellos, y todavía me falta mi mamá, la más difícil.

-Más difícil es hacerte callar. Óyeme bien. A las diez llegará un señor de sombrero con un carro largo y amarillo. Que me espere afuera, no lo dejes entrar.

-El señor cónsul está muy misterioso, pero será servido.

-Eso es, muchas gracias -y el hombre de contextura mediana, rostro aindiado y oliváceo, y con abolsadas ropas bolivianas, frente a las exquisiteces argentinas que lucían los demás diplomáticos y sus mujeres, cruzó el espacio aún vacío del garaje, subió los tres peldaños del rellano y se refugió en seguida tras su letrero de CÓNsul, que separaba esta ala de la delantera, usada por la embajada.

Charito, en su pequeña casa, había dado muchas vueltas vistiendo y peinando a sus hermanos, cuando empezaron los temidos bocinazos del enorme carro negro del embajador Loyola. Entonces sí que tembló y tomó el llavero, como si lo necesitara, pues sólo había juntado la reja. Salió pitando, pero se había equivocado otra vez: el embajador brasileño pasaba con la bocina, idéntica a la de su jefe, y al volver jadeante, en los pocos minutos de respiro, trató de componer lo que había descompuesto su madre, equivocando de chompas y de cuadernos a los niños.

Hombre juguetón el brasileño, pensó, vigilando a su madre y el desayuno para todos, y no hubo más tiempo, pues ahora sí llegaba el impetuoso embajador Loyola, que le había inyectado su propia impaciencia al chofer Gómez; y detrás, como en una competencia, venía el ministro Loli, el segundo, quien había viajado por todo el mundo y tenía su casa como un museo de rarezas; ahora le indicaba en detalle el tipo de café que serviría a las once, a un colega que lo visitaría; y en tercer lugar, entraba el malgeniado, descompuesto y mitad cholo y mitad negro señor Lovaina, más chiquito que nadie, casi de su tamaño, en un inmenso carro de dos puertas, y era sólo el tercer secretario, el ínfimo en el escalafón, pero que la trataba como a una sirvienta de su casa. Charito se había quejado de eso al embajador; y por fin entraba "piteando" desde lejos, como decía el propio señor Villalba, el último en llegar; y menos mal que el agregado militar estaba de vacaciones en Lima.

Cerraba de nuevo y ruidosamente la reja, le ponía el candado para saber minuciosamente quién salía y a qué hora, y corría al despacho de su jefe, quien ya estaba devorando periódicos, listo a dictar dos clases de órdenes: a Loli las diplomáticas (empezando por los cablegramas), y a ella las administrativas.

Ya en su pequeño escritorio del pasadizo (enfrente de la puerta que se abriría a las diez), Charito tenía mucho que hacer: desde distribuir la caja chica en gastos menudos, desde servir el té y el café a las once (con ayuda del mayordomo), hasta cuidar la agenda del jefe, las citas formales y aun las reuniones del póker, esos termómetros diarios del genio de tres personas: del jefe, del señor Loli y del chiquito Lovaina, de quienes ella podía decir si habían perdido o no por la noche anterior.

Marchando los meses, casi todos llevaban una vida en común, y Charito conocía las casas de los funcionarios, a los hijos, parientes y amigos, menos de dos personas: del cónsul Chávez y del malgeniado y oliváceo Lovaina, cuya juventud y malas costumbres lo habían alejado del grupo, sobre todo desde que los embajadores Loyola (en especial, merced al gesto de la señora Anita) ofrecieron una cena oficial al canciller boliviano y a su esposa, en la fiesta más brillante y refinada que recordaba la memoria de los diplomáticos bolivianos.

Loyola carecía de fortuna personal, pero estaba profundamente convencido de que una misión de su país no era sólo una sede física, sino simbólica. Había que adornarla por fuera (así sea con objetos de arte prestados por él o sus subordinados) y darle un contenido humano de trabajo y vínculos profundos y duraderos, sobreponiéndose a los esfuerzos de Chile por continuar separando a Bolivia y al Perú. Por suerte, en una fecha cercana a la fijada para la cena al canciller, la señora Anita recibió una mediana herencia (cuadros, muebles, una casa de campo en Los Angeles, cerca de Lima, y una veintena de antiguos y hermosos quintos de oro que, por cortesía de un viajero ocasional, llegaron a tiempo a La Paz). Loyola no tuvo que pedirle nada a su mujer; la señora Anita ofreció las joyas para obsequiarlas a las damas invitadas a la cena. Como tenían una mesa para veinticuatro personas, doce serían damas, y por tanto ella puso un quinto en cada servilleta destinada a las esposas. El inmenso mantel chino, la platería peruana de Camusso, y los artefactos de hielo y flores culminaron la elegancia.

Al momento de sentarse, sólo la pareja Loyola sabía del regalo. Apenas se sirvió el primer plato, en base a una pasta de corvina y camarones traídos especialmente de Lima, surgió el primer grito femenino, el de la esposa del canciller; la curiosidad mujeril fue tal que todas abrieron sus servilletas. Así, entre risas y aun chillidos, empezó aquella fiesta oficial, pero cálida y fraterna, que, a los postres, Loyola y el canciller Ballivián destacaron en elocuentes discursos. “Jamás tendremos en el futuro huéspedes tan gentiles y generosos como los Loyola. Deberíamos nacionalizarlos”, dijo el canciller, en medio de risas y aplausos.

Las únicas notas discordantes fueron la ausencia del cónsul Chávez, con esposa en Lima y por ello imposible de ser invitado, y el espectáculo

que dio el tercer secretario Lovaina, quien, por el frío de La Paz, había embutido el pijama dentro de los pantalones del smoking, pero éste, con el whisky y el cognac final, reveló la arrugada prenda por sus talones. Loyola, de un empujón disimulado, sacó al aprendiz de la fiesta y lo envió en un taxi a su casa.

La reunión duró hasta las cinco de la mañana, y acabó delante de hermosas chimeneas y de parejas bailando dentro y aun afuera de la casona. Y por insistencia de la dueña de casa, ella no permitió que su marido jugase con nadie al póker, con lo cual le evitó una gruesa pérdida y el mal humor mañanero.

Las noticias de la fiesta se esparcieron por la ciudad y el prestigio de los diplomáticos peruanos subió de tono; los invitaron más a los aniversarios nacionales y a las condecoraciones ofrecidas por la cancillería boliviana. Por supuesto, Loyola había ordenado a Charito que cualquier invitación al cónsul Chávez o a Lovaina fueran destruidas.

Con el paso del tiempo, y más aún, de las vacaciones de cada misión (algunas duraban treinta o noventa días, según las regiones geográficas), aquel recuerdo se esfumó, incluso en la casona peruana, y ahora se hablaba más bien del nuevo fastidio del embajador por causa de Chávez, quien preparaba su retorno a Lima y había pedido autorización para vender su automóvil.

-¡Loli, venga un momento! -gritó el jefe-. Sabía usted que el cónsul cumplió ya dos años en el país.

-No, señor.

-¿Le ha visto en su propio automóvil alguna vez?

-No, señor.

-¿Conoce su casa?

-Tampoco, señor.

-¿O sea que nunca lo ha invitado a usted, digamos, a tomar un trago?

-No, señor.

-¿Y cuantas veces lo ha invitado usted?

-Unas doce o quince, más o menos.

-¿Y cómo puede un diplomático dejar de invitar a su superior directo, no digamos a mí, sino a usted, a su casa en dos años? ¿En qué se gastó su sueldo? ¿A qué bolivianos invitaba?, ¿cumplía con sus obligaciones sociales o no?

-Lo ignoro por completo. Ninguna embajada lo invitaba, o al menos no lo vi en ninguna, no sé más.

-Pues ha hecho mal en callarse esta vergüenza; confiaba en que usted vigilara a los funcionarios; creí que usted era infalible y ahora le pesco una falta. Me apena. ¿No conoce la vida y costumbres de nuestros subordinados?

-Lo siento mucho, señor. Sé casi todas, incluso de Lovaina, que se emborracha de vez en cuando, pero no del cónsul.

-El cónsul debe ser una persona tan importante como el embajador. ¡Vamos, llame a Charito! -y la voz de Loyola iba creciendo como un trueno.

Según Charito, el cónsul acostumbraba tocar el timbre de su casa a eso de las nueve de la noche; así su madre le daba de comer y recibía cincuenta soles al mes por el servicio.

-¡O sea que es pensionista de tu casa, y no gasta siquiera en hoteles o restaurantes? ¿Y dónde vive? -Charito cerró los ojos y movió la cabeza- ¿No me dirás que vive en tu casa, que te enamora?

-Oh, no, señor.

-¿Y entonces?

-Vive por el barrio de arriba, por el cerro, mi hermanito sabe, pero yo no -y Charito soltó el llanto-. ¡Oh, qué vergüenza, nuestra comida es de pobres, pero lo aceptamos porque dijo que necesitaba ahorrar mucho, que su esposa en Lima estaba muy enferma!

-¡Pues llama a tu hermanito!

-Con una condición -dijo ella, sufriendo, pero decidida-. De cualquier cosa yo soy responsable, no mi madre ni mis hermanitos, que podrían perder la casa. Esa es mi condición.

Loyola se inclinó extrañamente sobre la muchacha y acarició sus cabellos.

-Así me gusta. Eres frágil, pero valiente. Estoy orgulloso de ti. Y usted, ministro, póngase uno de esos hermosos abrigos que ha traído de París y vamos a subir al cerro.

Subieron guiados por el hermano menor de Charito, un muchacho de nueve años, despierto y alegre, ganándoles el paso al chofer Gómez, a Loli y a Loyola. Con el anochecer, el sendero se hacía invisible. El embajador optó por esperar que Gómez trajera el coche y se metió en él con Loli. El coche daba de bandazos, pero tenía fortísimas luces y trepaba por donde fuese.

-¡Ahí es! -gritó el niño-. Es un garaje con una sola puerta.

Todos bajaron y el chofer tocó a puñetazos. No había timbre.

-¿Quién es? -gritó una voz potente-. ¡Aviso que estoy armado! ¡La chichería está más arriba!

-¡Abra, cowboy de mala muerte! ¡Soy su embajador!

En el difícil silencio que sobrevino, el coche tuvo que encender de nuevo sus luces y dominar toda la puerta.

-¿No hay puerta falsa, estás seguro? -susurró Loyola.

-No, señor. Solito está el carrazo que ni se mueve.

-¿De qué hablas, chico? -intervino Loli, pero ya una serie de candados se abrían, sin acabar nunca.

-¡Dios mío! -exclamó Loyola-. ¡Esto no lo va a creer nadie en Lima!

Cuando una hoja se abrió, el chofer Gómez empujó de un manotazo la otra, y así las luces del coche iluminaron aquello al comienzo inexplicable: un flamante coche beige, puesto sobre cuatro maderos, y tanto adentro como afuera, estaban las novísimas llantas envueltas en plásticos transparentes.

-¿Qué le he hecho yo para que usted me avergüence así? -Loyola tomó de las solapas al sorprendido Chávez.

-Es que no sé manejar, señor. Por eso está en cero kilómetros; pero mañana o pasado vienen por él. Ya lo vendí.

-¿En cero kilómetros, eh? ¿Para cobrar más, verdad?

El día de la despedida oficial del cónsul Chávez, Charito, más contenta que otras veces, entró en el despacho de su jefe.

-¡Vaya vestido, Charito!

-El día lo merece, señor. ya están todos en el salón, incluso la embajadora y el director de protocolo.

-¿Y las señoras del Hogar de Niños?

-Todos.

-Increíble -sonrió él-. Son muy puntuales. ¿Puedo pedirte algo especial?

-Lo que usted diga.

-Estuve tratando de cortarme los pelitos de la nariz usando espejo y tijeras, pero no me da el pulso.

-Traiga, haré lo que pueda.

En el bello salón de muebles franceses, sedosas cortinas y hermoso piano, el gentío estaba dispuesto en hileras de sillas. La embajadora lo recibió con un beso y fue rodeado por las señoras del comité del Hogar de Niños.

-Amigos y amigas -empezó la ceremonia la señora Anita-. Quizá para ustedes sea ésta una sorpresa, pero no para quienes somos testigos de la bondad y mano abierta de nuestro querido cónsul, que hará entrega al Hogar de Niños de una buena cantidad con la cual seguiremos nuestro anhelo de ayudarlos.

Tras los aplausos, el embajador Loyola se puso de pie:

-Sólo deseo expresar en público nuestros mejores votos por el éxito que sin duda tendrá el cónsul Chávez en su nuevo cargo en Lima.

Chávez, colmado de saludos, abrazos y aplausos, se sintió tan confundido que, de un momento a otro, ya se hallaba en el pasadizo, recibiendo al hombre de negocios alemán que había comprado su automóvil.

-Señor cónsul. El señor embajador me ha dicho que lo mejor para la contabilidad de todos será el pago en tres cheques separados: uno para el Hogar de Niños; otro para agrandar el patio de la embajada y ensanchar el garaje; y el tercero para usted, obviamente. Y permítame felicitarlo, porque usted cuida muy bien los coches.

Y le sacudió la mano al felicitarlo, con tan fuerte además, que Chávez sólo vio que, del total de siete mil dólares, su propio cheque sólo llegaba a dos mil seiscientos.

-Sí, sí, todo está bien -dijo, y no sólo eso, sino que tuvo que entregar los otros cheques a la señora Anita y a su esposo.

Se volvió al público cuando ya estaban bebiendo la copa de champagne, pero, sin embargo, el comité de damas insistió en tomarse una alegre fotografía con el hombre que no podía sonreír.

La Paz, 1973